

El espejo colorido me saluda con su fresca brisa. Con su cuerda invisible, me atrapa y atrae hacia sus pies. Me arrodillo para observar cada perfecta imperfección. Me sorprende cuando veo que hay alguien tras el fino cristal de sal. Soy yo. A la par, pestañeamos aún con la sorpresa en el rostro. Ella está atrapada, yo no. Ella no puede salir, yo sí. Ella está feliz, yo no. Pongo una mueca triste, y al segundo, gotas del mar salado me salpican. Noto como se deslizan lentamente por mi rostro, dejando un rastro de ese mar inmenso, tal como un caracol deja su rastro en la tierra. Frunzo el ceño confusa. Cuando ella extiende su brazo hasta alcanzar el límite de la fina capa de sal y agua con la palma de su mano, lo entiendo. Niego con la cabeza pero ella insiste. Trago saliva y acerco mi mano hasta alcanzar la suya. Una sonrisa se forma en mi rostro, en cambio, ella ladea sus labios para formar una sonrisa melancólica. — Sé feliz...—susurra, y desaparece. La luz de la luna cae sobre la costa, y todos esos colores que en algún momento estaban, han desaparecido. Al igual que ella.

Kamar Layachi Mahboub